

Al pie del Támesis (2008)

Mundo de quimeras

Betty Soto Fernández

El escenario es el espacio privilegiado para representar aquella magia de que está hecha también la vida de la gente: esa otra vida que inventamos porque no podemos vivirla de verdad, solo soñarla gracias a las esplendorosas mentiras de la ficción.

Junio del 2008: reposaba en una fría butaca del Teatro Peruano-Británico de Miraflores; creo que la sentía más fría aún porque llevé a regañadientes a mi madre. La consigna era clara: deslumbrarla con las maravillas del teatro y tal vez luego esperar a que aguantara mis largos monólogos acerca de obras y libros. Se presentaba *Al pie del Támesis*, la última obra teatral de Vargas Llosa. Ya el nombre del autor imponía una fuerte expectativa y más aún con el director y los actores. Sí, era improbable que fallara.

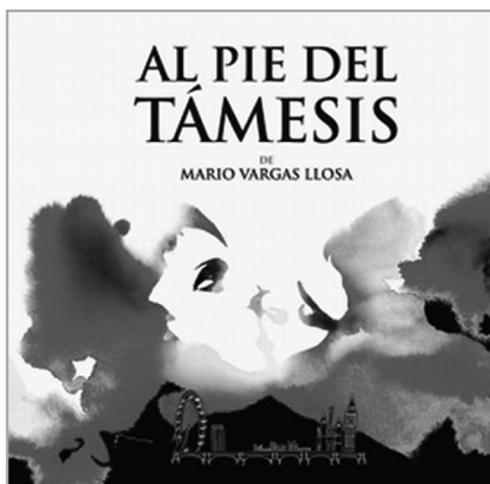
La luz del escenario ensombreció nuestros rostros. Me sentí aliviada. Trataría de concentrarme y dejar de pensar en las reacciones de mi madre cada cinco minutos. Alberto Ísola apareció sobre las tablas, imponente al presentarse, y luego ataviado por un súbito sentimiento de inquietud. Caminaba de un lado a otro, se acomodaba la corbata y se pasaba las manos por la frente. Se había convertido en Chispas Bellatín. Segundos después, una mujer esbelta y sonriente pasó a exponerse al público. Sabíamos desde el inicio que solo dos personajes conducirían la historia, y solo ellos tendrían que ser capaces de causarnos alguna conmoción. “¿Una hora y media y dos personajes?”, preguntó, disgustada, mi madre. No respondí.

La historia nace de una anécdota que el escritor Guillermo Cabrera Infante le contó a Vargas Llosa en Londres: su amigo, el poeta venezolano Esdra Parra, desapareció misteriosamente y a su regreso lo vio llegar envuelto en la perturbadora figura de una mujer. La impresión de la anécdota le hizo

comprender a Vargas Llosa que aquella historia debía ser directa, precisa y emocionante. Algo que podría obtener en el teatro antes que en la novela, aunque para su finalización tuvieran que transcurrir inimaginables cinco años que convertirían a esta historia junto a “Los cachorros”, en la obra que más veces reescribiría.

Chispas Bellatín es un prominente hombre de negocios, instalado en una lujosa *suite* del hotel Savoy en Londres que se encuentra a orillas del río Támesis. Ahí espera a una mujer, cuya llamada lo ha inquietado sobremedida, mientras abajo lo esperan importantes inversionistas para discutir acerca de finanzas y porvenires exitosos. Raquel Saavedra es la mujer que lo visita y que además dice ser la hermana de Pirulo Saavedra, aquel compinche de la infancia y adolescencia que desapareció de un momento a otro, luego de que Chispas, en una respuesta impulsiva a lo que supuso como una “traición”, le partiera la cara de un puñete, el cual además, rajó, quebró y desunió esa gran amistad que en treinta y cinco años no ha cesado de recordar.

La conversación entre ambos personajes se inicia con la desconfianza que Chispas siente hacia esa mujer que jamás conoció como la hermana de Pirulo. Sin embargo, conforme al curso de los diálogos y el tono cómplice que cobra su relación, se irán entretejiendo, entre ellos, verdades que luego son mentiras y mentiras que parecen ser verdades para llegar al extraño descubrimiento de que Pirulo no es más el chico enclenque al que protegió en la escuela, sino aquella mujer esbelta y



atractiva que está ahora con él, resucitando con sus palabras recuerdos que alguna vez fueron sellados por la distancia y el tiempo.

Hasta entonces la obra se ha presentado de manera lineal, sin más sobresaltos que los propinados por el descubrimiento, pero luego de ello, esta produce un quiebre que nos escabulle, de pronto, en la ficción que recrean los propios personajes. En este punto los tiempos y los recuerdos van alternándose con la realidad y se van desentrañando sentimientos profundos y no aceptados, como cuando Chispas Bellatín descubre que el éxito y el dinero no son más que el velo superficial de su espíritu asfixiado de fracasos amorosos y sexuales, y que lo han sumido en una dedicación al trabajo sin horarios y la vida sin divertimentos. Pero en todo momento, la sombra de Pirulo ha permanecido viva entre sueños, a manera de un calmante poderoso que a veces le ha regresado la chispa, y otras veces, lo ha sumido en pesadillas.

Más allá de los temas recurrentes de la obra, como la amistad y la formación de la identidad sexual, Vargas Llosa trata un tema que lo ha apasionado en mucha de sus novelas y en las obras de teatro que ha escrito: "La ficción y la vida, el papel que aquella juega en esta, la manera como una y otra se alimentan, confunden, rechazan y complementan en cada destino individual".

En ese sentido, *Al pie del Támesis* es un paseo de esa confusión entre vida y ficción,

para despistar toda conjetura y no afirmarse nada, no afirmar nada. De la misma manera, la obra tampoco pretende decirnos la verdad de esta extraña relación, tan solo la sentimos a ratos y también la perdemos a ratos.

Un momento cumbre es aquel monólogo del final, en que las luces tenues del teatro o unas páginas melancólicas, nos pueden despertar tantas reacciones como sentimientos. Un Chispas Bellatín sombrío, acusado por sus propias revelaciones, deja traslucir las heridas de un pasado casi real, casi ficticio a través de esas palabras que dibujan imágenes y que nos llevan a sentir la confusión violenta que lo envuelve. Con él confirmamos que a los recuerdos no los borra el tiempo, apenas los entumece, sin embargo, basta un reencuentro con un pedacito del pasado para revivirlos con profundidad: "¿Nunca terminará la pelea, Raquelita? Tú estás viva y yo muerto a ratos, y yo vivo y tú muerta también, a ratos. ¡Pobre Pirulo! ¡Pobre Chispas! ¡Treinta y cinco años! ¿No es bastante?"

El escenario se iluminó. Mi mamá y yo volvimos indispuetas a la realidad, apenas intercambiamos una que otra palabra trivial al regreso. Entonces comprendí que la consigna se había cumplido y, que durante una hora y media, la obra nos había sumergido por todos los puertos del teatro: la catarsis, la conmoción, los supuestos y la diversión, más aún la de mi madre, cuyo escepticismo se transformó en su rostro, al dejarse atrapar por la obra, con los ojos brillosos y casi sin respirar.